



Fuente: Revista Emma, No. 21, enero-febrero 2008, Deuche, p. 68

Convocan las palabras que tejen este texto los cien años del natalicio de Simone de Beauvoir, época para la cual ni mi abuela, ni mi madre ni yo habíamos nacido. Con setenta años de distancia en relación al tiempo en el cual llegamos a ocupar un espacio en el mundo, deseo compartir algunas reflexiones generales como mujer joven sobre la filósofa, feminista y escritora, quien ha retumbado en mi cabeza durante el camino de reconocimiento como feminista. Un título me motivó con más fuerza a explorar sus aportes: *“El segundo sexo”*, como la condensación en tres palabras de una realidad histórica de milenios que hemos experimentado las mujeres y que, como frase, me ha brindado explicaciones

respecto a una serie de malestares, dolores y preguntas que ha causado la constatación de ser “mujer” y sus implicaciones.

Las palabras que busco compartir no quieren tener un tono pesimista porque ha motivado mi participación en este intercambio de saberes y perspectivas el identificar qué tan vigentes siguen siendo sus reflexiones, la develación de la otredad de las mujeres en la vida de las jóvenes. No sólo quiero dar cuenta que 59 años después de publicado el libro muchas cosas no han cambiado y que algunas de ellas, si bien se han transformado, no siempre han contribuido a la consolidación de una identidad o a la afirmación de un Yo mujer y un ser relacional no oprimido, discriminado y excluido. También subrayo algunas

Simone de Beauvoir

en voces de mujeres jóvenes: Reflexiones de una colombiana en tránsito de siglo

Diana Marcela Gómez Correal

Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia.
Candidata a Maestra en Historia de la misma Universidad.
Integrante de expresiones del Movimiento de Mujeres,
del Movimiento de Paz y de Víctimas.

nociones y aportes de la autora que contribuyen a revitalizar el compromiso con que las cosas cambien y hacer hincapié en algunos aspectos relevantes para un proyecto feminista, tan necesario hoy en Colombia.

Este escrito tiene un tinte autobiográfico, fruto de un sujeto ubicado: mujer joven, feminista, del movimiento por la paz, clase media, marcada por la guerra que vive el país, que no condensa a todas las jóvenes y ni siquiera a las jóvenes feministas. Como el punto biográfico puede ser explicativo e ilustrativo pero a la vez insuficiente, recorro a mis percepciones de “observadora participante” en ejercicio de una antropología cotidiana para ilustrar desde la vivencia de otras mujeres, todas ellas en algún momento jóvenes,

esa realidad de ser mujer que para unas es menos pesada que para otras. Igualmente, entrelazando todos estos caminos recorro a los intercambios que en la militancia feminista, del movimiento de mujeres y el de víctimas he tenido en varias zonas del país con mujeres jóvenes.

En primer lugar, destacaré algunos puntos de vista de “*El Segundo Sexo*” los cuales considero de importancia analizar y retomar a la luz de las necesidades que identifiqué como esenciales: uno, seguir avanzando en dejar de ser *El Segundo Sexo*, lo Otro inesencial, lo cual implica que las jóvenes asuman proyectos individuales emancipatorios y que existan las condiciones para eso; y dos, avanzar en la construcción de una democracia radical y de un feminismo postsocialista que

permita conjurar la guerra y construir paz con equidad de género y justicia social.

Sobre el libro: *El Segundo Sexo*

Escrito entre 1948 y 1949 y publicado en mayo de este último año, la primera edición alcanzó una rápida venta de 22 mil ejemplares. El segundo tomo fue publicado siete meses después.¹ El libro tuvo una gran acogida entre las mujeres que leyeron en él la clave para entender su situación, sus experiencias cotidianas, sus miedos, sus rabias y los retos por enfrentar. La intención de las siguientes líneas es dar cuenta que sigue siendo útil y necesario para lo mismo. Sin querer abusar de las citas, haré un corto recorrido a este "develamiento" desde la propia autora².

Como toda producción intelectual, el libro está situado en un contexto concreto por lo cual ni todo está dicho ni todas las explicaciones son las más adecuadas. En este escrito me centraré más en los aportes que en las críticas o en la indicación de vacíos, no por evitar la crítica a nuestra invitada sino con el fin de reconocer en ella la autoridad que le da su recorrido, sus aportes y el trabajo que desarrolló en su tiempo. Como dice Amelia Valcárcel, "*El Segundo Sexo*" es más explicativo que vindicativo, por lo cual resulta vital para el feminismo.³

Ante todo, el texto tiene un gran mérito que debe seguir siendo puerta de entrada de las reflexiones feministas y de su accionar, y es la mirada holística e interdisciplinaria de la autora. Al señalar la importancia de la cultura,

la religión, la biología, el saber, la economía, la socialización y la educación, entre otros aspectos, se comprende de manera más compleja qué da lugar a la situación de la mujer, y por ese camino se dilucida el accionar para su transformación. Son fundamentales los siguientes puntos: la mujer como Otro, *El segundo sexo*, la juventud, la importancia de la historia y la cultura, la alteridad como parte de lo humano, la constitución como Sujeto, la perspectiva existencialista y la violencia.

La constitución como Otro

La autora comienza con una reflexión sobre la femineidad que busca dejar de lado, casi que de tajo, cualquier tipo de esencialismo que ligue a la mujer con la Naturaleza y la condene a quedar atrapada en un eterno y estático ser. Al respecto dice: "*todo ser humano hembra no es necesariamente una mujer; tiene que participar de esa realidad misteriosa y amenazada que es la femineidad*" (Beauvoir, 1965: 16).⁴ Es decir, para constituirse en mujer experimenta un proceso en el que la socialización y la cultura juegan un papel esencial para construir un "objeto" acabado que se denomina mujer. Por esta razón plantea de manera categórica que *la mujer no nace, se hace*.

En ese camino la mujer se constituye en el Otro, definida por el hombre como otredad a través de la relación que establece con ella: "*la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro*" (Beauvoir, 1965: 19). Siguiendo los avances de la antropología de la primera mitad del siglo

XX, especialmente de la francesa y la escuela predominante, los estructuralistas, Simone identifica cómo la alteridad, el otro, se constituye en dato fundamental e inmediato de la realidad, tal como plantea Lévi Strauss en los opuestos arriba-abajo, blanco-negro, positivo-negativo, mujer-hombre; pero la filósofa se pregunta por cómo, en el caso de las mujeres y otros "grupos", las dualidades terminaron convertidas en relaciones de desigualdad.

Siguiendo a Hegel, plantea que en torno a esa alteridad se descubre en la conciencia misma una hostilidad fundamental con respecto a toda otra conciencia: *"el sujeto no se plantea más que oponiéndose: pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inesencial, en objeto"* (Beauvoir, 1965: 21). Pero esa otra conciencia, según Hegel, le opone una pretensión recíproca que despoja a la idea de lo Otro de su sentido absoluto, descubriendo su relatividad y obligándolo a reconocer la reciprocidad de sus relaciones. Ante esta explicación del devenir del ser y las relaciones entre existencias, la autora se pregunta por qué no ha ocurrido lo mismo entre los sexos y por qué las mujeres no ponen en discusión la soberanía masculina.

Ningún sujeto se plantea súbita y espontáneamente como lo inesencial. No es lo Otro (la mujer) quien se autodefine como tal sino que es planteado así por lo Uno (hombre) al autoproclamarse este como humano, universal, dominante. Para que no se produzca el retorno de lo Otro (mujer) a lo Uno (humano, universal, dominante), es preciso que lo Otro (la mujer) se someta a este punto de vista extraño. Es decir, la

mujer asume ser lo Otro y no lo Uno. ¿De dónde viene a la mujer esta sumisión?, se pregunta. Al analizar y comparar con otras colectividades como los negros, los judíos e incluso los obreros, la autora identifica que en el caso de las mujeres no ha existido un antes y un después y que este hecho hace que, como construcción, escape al carácter accidental del hecho histórico (los negros por ejemplo, fueron esclavizados en épocas concretas; los obreros aparecen con el capitalismo) y que la alteridad se presente entonces como absoluto. Así, parece como si una condición natural desafiase la posibilidad del cambio y como si la naturaleza y la historia fueran estáticas e incambiables. Su texto buscará demostrar lo contrario, la Historia y la Naturaleza no son inmutables.

Para ello hace énfasis en que la división de los sexos no es un hecho histórico, sino biológico. Y aquí parece caer en una trampa, pues explicar la dimensión de lo biológico no parece tan claro en su escrito. Algunas veces tiene más fuerza de lo previsto y de lo que ella misma pronosticó al principio. No es de extrañar la dificultad de comprender tal realidad, pues además de sustentarse la desigualdad de los sexos arbitrariamente en lo biológico, la propia socialización e interiorización cultural de esas diferencias concebidas en tanto desigualdades y entidades fijas y esenciales han permeado el entendimiento sobre la mujer. Así mismo es innegable que existen diferencias y éstas, ya procesadas por la cultura, constituyen especificidades.

Al plantear lo biológico -el dato real de la existencia del sexo femenino y masculino- como la regla general, Simone señala que en la pareja, en la unión perentoria, inevitable de la especie, ella, la mujer, es lo Otro: *"en el corazón de una totalidad cuyos dos términos son necesarios el uno para el otro"* (Beauvoir, 1965: 23). Hasta acá la autora muestra la constitución de la mujer como lo Otro, lo inesencial, a pesar de ser necesaria para la permanencia de la especie. Se pregunta por qué -en el caso de las mujeres- sin un hecho histórico concreto se ha constituido la dominación, y se cuestiona por qué ni la necesidad biológica (deseos de sexualidad y posteridad) que sitúan al hombre en codependencia de la hembra, la han liberado socialmente. Existe una relación de necesidad que, aunque esta fuese igual en ambos, actúa a favor de quien tiene poder. Y el hombre tiene poder porque lo ha construido así permanentemente.

El elemento de poder resulta de crucial importancia. Al ser él, el Uno, efectivamente el Uno, una aureola de poder le rodea. Esto hace que además signifique seguridad para quien se le dobliga. La autora dice: *"Negarse a ser lo Otro, rehusar la complicidad con el hombre, sería para ellas renunciar a todas las ventajas que puede procurarles la alianza con la casta superior. El hombre – soberano protegerá materialmente a la mujer – liga y se encargará de justificar su existencia; junto con el riesgo económico evita ella el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus fines sin ayuda"* (Beauvoir, 1965: 25).

Señalar puntos esenciales del texto de Simone de Beauvoir no estaría completo sin hablar al tiempo de su perspectiva existencialista. Desde allí, para la autora, hay una pretensión de los seres humanos por constituirse en Sujetos, lo cual es una pretensión ética. Sin embargo, al describir la situación de las mujeres subraya también cómo existe una tentación de huir de su libertad para constituirse en "cosas". En ese camino se resulta presa de voluntades extrañas, cercenada de trascendencia y frustrada de todo valor. Este termina siendo un camino aparentemente fácil por el cual *"se evitan la angustia y la tensión de una existencia auténticamente asumida. El hombre que constituye a la mujer en Otro, hallará siempre en ella profundas complicidades (...) la mujer no se reivindica como sujeto porque carece de los medios concretos para ello, porque experimenta el lazo necesario que la une al hombre sin plantearse reciprocidad alguna, y porque a menudo se complace en su papel de Otro"* (Beauvoir, 1965: 25).

A la vez que comodidad y destino trágico, en la complicidad con lo que emana de la aureola masculina las mujeres renuncian, casi obligadas por la cultura y la sociedad, a ser lo Uno, lo propio. Esa constitución en lo Otro se hace real, se palpa en cada momento de la vida de la mujer, pero hay un momento trascendental, de encrucijadas, dudas y dolores que es la juventud. A ella me quiero referir enseguida.

La juventud: castración y potencia

"Uno de los beneficios que la opresión ofrece a los opresores es que el más

humilde de ellos se siente superior"

Simone de Beauvoir

En el capítulo dos de su obra, "La joven", en la cuarta parte titulada "Formación", la autora plantea este momento cronológico como de potencia pero a la vez de contradicción y estancamiento. La joven entra en un momento en que siente la necesidad de ser rebelde, de afirmarse, de arriesgar, pero se encuentra con los limitantes que son impuestos a su necesidad de libertad. Se ve presa, sin conciencia plena de ello, de la construcción de su ser como otro y para otro, realizada sólo en la medida en que encuentra a un hombre con quien "compartir" su destino.

El capítulo en mención, rico en la descripción del tránsito de la "hembra" de niña a adulta, presenta una serie de análisis que muestran el cuadro de la constitución de la mujer como Otro. La relación de cierta "rivalidad" con sus amigas por querer captar la mirada del hombre, la construcción y disfrute de su cuerpo para otro, el asumir el matrimonio como su destino, la repugnancia y culpabilidad que causa el deseo sexual, la búsqueda de la autoridad, la protección y el poder en el hombre y en la relación con las adultas, la iniciación sexual a través de los encuentros con otras mujeres; hacen parte de los puntos de reafirmación de un destino ya escrito.

Si bien algunas veces el capítulo cae en determinismos y estereotipos sobre las mujeres o en explicaciones psicoanalíticas que desde mi punto de vista son esquemáticas y simplistas como decir que las vírgenes tienden a ser cleptómanas como parte de una sublimación

sexual, el texto deja ver un retrato de lo que significa la juventud en la constitución del *devenir* mujer.

El libro, sin duda, cumple su propósito. Al leer algunos apartes recordé hechos significativos de mi adolescencia percibiendo así la permanencia, universalidad y constancia en el contenido de ciertas situaciones para las mujeres. Bastante optimista, Simone de Beauvoir escribe desde hace más de 50 años creyendo que muchas cosas habían cambiado. Reflexiona desde su propia historia de vida afirmando que las mujeres de su generación no son combatientes como las mayores porque en general han ganado la partida y, continúa, muchas no han tenido que sentir su feminidad como un estorbo o un obstáculo.

Para ella, que habla desde un origen pequeño burgués, educada, universitaria, rodeada de hombres que parecen hablarle como pares, las cosas son distintas, y sin embargo son iguales. Luego de escrito el libro, al momento de su publicación y difusión tuvo que haber repisado la frase en la que dice que la feminidad para algunas no fue estorbo. Nada qué decir de los comentarios sexistas que recibió su libro, incluso de aquéllos que ella creía sus pares, o que al menos la veían como tal. La feminidad sí pesa, incluso en ella.

Aquí me permito un salto de varios años. Entre mis recuerdos conservo uno nítido: tenía 17 años, estaba apabullada por lo que significaba terminar el bachillerato y emprender una nueva vida, cuando por un incidente de esos que parecen cotidianos, imperceptibles e insignificantes, llorando, me interrogué por la relación diferencial

que tenía mi padre conmigo en comparación con mi hermano. Sin tenerlo demasiado claro dejé impresa una frase: ¡sólo por ser mujer! Sin mucha conciencia feminista comprendía que nacer mujer tenía su precio. La exclamación era producto de sentir una condena, era angustia existencial por el futuro, por lo que quería fuera MI futuro; si bien no tenía mucha claridad sobre el cómo ser mujer podría marcar mi destino, sí me apabullada sentir que nacer con este cuerpo así, sexuado, tenía su peso, un costo.

A diferencia de mi abuela, opté por ir a estudiar a la Universidad: mi abuela pensaba que su destino era casarse y tener hijos. Su hermana, con no más de 30 años, vivía angustiada y de malgenio porque aún no conseguía novio, es decir, marido. Esto ocurría al otro lado del planeta tierra, pocos años después de que Simone de Beauvoir escribiera. A mi abuela, quien entonces era joven, al tiempo que otras hablaban de la sexualidad de las mujeres, le hicieron renunciar a los orgasmos.

La filósofa francesa, en el capítulo en mención, escribe: *"La joven acecha la apertura de ese período nuevo, imprevisible, cuya trama ya está urdida y hacia la cual la arrastra el tiempo (...) de manera más o menos disfrazada, su juventud se consume en la espera. Ella espera al Hombre (...) el adolescente también sueña con la mujer, la desea; pero ella no será jamás sino un elemento de su existencia: no resume su destino; desde su infancia, la niña ora desea realizarse como mujer, ora quisiera superar los límites de su feminidad, ha esperado del varón realización y evasión; tiene este el rostro deslumbrador de Perseo, de San Jorge; es un libertador; es*

también rico y poderoso, tiene las llaves de la dicha, es el Príncipe Azul" (Beauvoir, 1965: 320).

La angustia de mi tía abuela tiene explicación. No sólo a través del hombre la mujer resuelve una necesidad que se hizo perentoria: el matrimonio, sino que ve en el muchacho el sinónimo de seguridad que le significa, culturalmente hablando, la figura paterna. Encontrará en él la misma seguridad que en los brazos de su padre pues siempre ha estado convencida de la superioridad viril. Dice la filósofa: *"Este prestigio de los varones no es un pueril espejismo; tiene bases económicas y sociales; los hombres son los dueños del mundo sin discusión; todo se inclina a hacer que la adolescente centre su interés en hacerse vasalla"* (Beauvoir, 1965: 321). Construido un destino y un libreto, las mujeres de ese entonces y ahora, aunque se han dado algunos cambios, no tenían más que replegarse a su realización.

Si voy a la generación siguiente, las herederas directas de la filósofa, las cosas cambian pero tampoco mucho. Las mujeres optaron por relaciones más libres, por "unirse" o casarse con quienes habían estudiado, con dirigentes de izquierda; fueron a la universidad, militaron en grupos políticos, estudiantiles, movimientos sociales; reconceptualizaron la religión y disminuyeron el número de hijos. Mi abuela tuvo 12, mi madre solo una. Algunas ya sabían que había una constitución de la mujer como el Otro, estaba puesto en palabras; sabían que la cultura es trampa y condena, que la historia las había silenciado, que la sexualidad era el camino más directo a la opresión y control de las mujeres.

Sin embargo su conciencia les costó alto. Muchas enfrentaron la ruptura de sus relaciones de pareja, vieron con dolor la permanencia en los hombres del libreto en el cual ellos dominan y siempre, o casi siempre, ganan. Era como si ellos hubieran perfeccionado el escrito para hacer imperceptible el mantenimiento de la condena. Cercanas a la izquierda, muchas comprendieron que el discurso no los cambia y que el camino continuaba siendo largo.

(...) **Este escrito tiene un tinte autobiográfico fruto de un sujeto ubicado: mujer joven, feminista, del movimiento por la paz, clase media, marcada por la guerra que vive el país, que no condensa a todas las jóvenes y ni siquiera a las jóvenes feministas. Como el punto biográfico puede ser explicativo e ilustrativo, pero a la vez insuficiente, recurro a mis percepciones de “observadora participante” en ejercicio de una antropología cotidiana** (...)

En esos años otras jóvenes constituyeron otras vidas. Conozco, por ejemplo, mujeres de esa edad que viven su sexualidad como una carga: hacer el amor es casi obligación cotidiana; conozco otras que aguantaron las infidelidades sin haber cometido ninguna, otras que cargaron con un gran peso en la conciencia por haber abortado. Para algunas el ejercicio de la violencia cotidiana, en la casa, las acompañó como parte de sus

vidas. Esas jóvenes vieron en el matrimonio, en la maternidad, en el Uno, la salvación del yugo paterno y materno, la realización como mujeres, una mejor calidad de vida. Casi todas mis tías se casaron antes de los 25 años.

Si repaso la vida de las jóvenes de estos años, las que he conocido, tendría que hablar de muchas diversidades para no correr el riesgo de uniformizar o totalizar una realidad. Algunas son universitarias, liderezas, trabajan; algunas han tenido hijos e hijas jóvenes y eso no les ha implicado renunciar a proyectos profesionales, políticos e incluso económicos. A otras las veo arañar la vida con afán para que las desigualdades económicas nos la condenen a dejar, por ejemplo, el derecho al estudio. Otras han sido madres demasiado temprano y mientras yo iba a la Universidad algunas tenían ya cuatro hijos. Sabemos de mujeres de doce años embarazadas, algunas como producto de violaciones; jóvenes que han comenzado sus relaciones sexuales y que pronto han engendrado, antes de los quince, dieciocho, veinte años.

Las cosas han cambiado, sí, pero sigue existiendo en muchas mujeres educadas desde niñas con cuentos sexistas e imágenes prediseñadas el sueño de casarse con quien puede ser un Príncipe Azul, un hombre con dinero, con status, con presencia. En últimas, incluso, no importa: puede ser el sapo del cuento pues mientras sea hombre asegurará felicidad, realización, futuro, no quedar solterona. Su cuerpo sigue escapando a su control, a su disfrute, a su constitución para sí y no para otro. Yo misma no estoy exenta de estas cosas.

Una mujer joven que conozco es consciente que su sexualidad es reprimida, no sólo porque identifica barreras emocionales asociadas al poder simbólico y de pecado interiorizado por la figura paterna en relación al sexo, sino también porque su esposo no desea tanto como ella los encuentros amorosos, lo que la hace sentirse aunque no lo mencione como “puta”, censurada porque desea el sexo más que él. Está preocupada porque intuye que una manera de mantenerla atada a su presencia es la hija que tienen, pero también una procreación futura, inmediata. No poco tiempo después de haberlo verbalizado y hacerlo conciencia, más rápido que lo que un espermatozoide puede correr al óvulo, queda embarazada. Muy pocas personas sabemos de esa condena.

Mientras unos festejan la vida, yo reflexiono sobre el peso que sigue teniendo para las mujeres la compañía masculina. Como mi abuela, la sexualidad de una mujer de mi edad queda de nuevo encerrada en la procreación, acompañada a los deseos del hombre, reprimida a cambio del goce de la maternidad y un pequeño, corto disfrute.

El matrimonio no sólo es una carrera honorable y menos fatigosa que otras muchas, sino que él únicamente permite a la mujer acceder a su dignidad social íntegra y realizarse sexualmente como amante y como madre” (...) Él es el Uno, con mayúscula, ella es lo Otro, lo inesencial. Las frases de la autora suelen ser duras, a veces chocan, impactan, pero retratan una verdad: “Se liberará ella del

hogar paterno, de la influencia materna y se abrirá al porvenir no mediante una conquista activa, sino entregándose pasiva y dócil en manos de un nuevo amo (Beauvoir, 1965: 321).

La mujer renuncia a la competencia para descargar en alguien superior el cuidado de asegurar su dicha. La humildad que ello significa no viene de una inferioridad dada, sino que esa humildad engendra todas sus insuficiencias: “*el origen de esa inferioridad está en el pasado de la adolescencia, en la sociedad que la rodea y, precisamente, en ese porvenir que le es propuesto* (...) *Oprimida, sumergida, se convierte en una extraña para sí misma por el hecho de que es extraña para el resto del mundo*” (Beauvoir, 1965: p. 321-322). Señalar ese extrañamiento de sí misma es cosa recurrente en el texto, así como la renuncia que hay a la libertad. Sin embargo, ni siquiera esa renuncia es libre en sí misma, está condicionada por el pasado, por el presente y por el futuro de la mujer. De allí precisamente lo triste y alarmante de la condición de subordinación, tan sutil para la mayoría.

Esa construcción para el otro y en torno a él, señala la autora, lleva a las mujeres incluso a la competencia entre ellas. La necesidad de autoafirmación en torno al hombre hace que las mujeres despierten envidia y admiración cuando recogen más homenajes de éstos. Quien no tiene poder busca tenerlo y la mirada masculina lo otorga, y en torno a ella hay disputa y esfuerzo por ser admirada.

Ese destino hecho realidad desde la cotidianidad en una etapa de transformaciones, de tránsitos, también está acompañado por el extrañamiento del propio cuerpo, por la desconfianza en sí mismas: *"la mujer es objeto pasivo tanto para el amante como para sí misma"*. La educación que sigue haciendo la escuela refuerza los estereotipos, la división desigual de espacios, de acciones, de valores, de aptitudes y actitudes. Separar por ejemplo el uso de la fuerza de acuerdo a los géneros, reafirma los estereotipos. No es extraño que ahora se culpe a las muchachas de la violencia escolar, de ser incitadoras, de ser marimachos o poco femeninas porque hacen otro uso de su energía y su tiempo libre. Al equiparar fuerza – hombres, se da al joven la posibilidad de reafirmación desde su cuerpo, mientras se impone una *"impotencia física"* a las mujeres que *"se traduce por una timidez más general: no cree en una fuerza que no ha experimentado en su cuerpo; no se atreve a emprender, a sublevarse, a inventar: destinada a la docilidad, a la resignación, no puede más que aceptar en la sociedad un lugar ya preparado. Toma el orden de las cosas como algo dado"* (Beauvoir, 1965: 324).

"La vivencia del cuerpo también se construye, castra y moldea. No tener ya confianza en el cuerpo es perder confianza en el sí misma, el sujeto toma su cuerpo como su expresión objetiva" (Beauvoir, 1965: 325). En las mujeres pierde éste su riqueza subjetiva. Las barreras al cuerpo, esa legalización del uso de la fuerza para los varones (sobre la que señalaré algo más adelante), limita el trasegar de las mujeres por los espacios. Mientras los chicos gozan de

libertad para lo público, ellas están confinadas a la casa. Recuerdo en escenarios de trabajo con mujeres jóvenes en distintas regiones del país, que al momento de hacer reflexiones sobre si sentían diferenciaciones en su vida cotidiana por ser mujeres, muchas señalaban que sus padres y madres les limitaban las horas de entrada a sus casas; que debían ir a fiestas acompañadas de un hermano, primo o familiar; que en la casa debían seguir asumiendo las labores de aseo, y que no ocurría lo mismo con los hombres. Desde luego algunas cosas han cambiado, pero para muchas mujeres esa sigue siendo la odiosa realidad.

Además de la educación, en la escuela y en casa, las costumbres, la raigambre cultural dispersa por el todo social, en cada cosa que se le propone a las jóvenes como su horizonte de presente y porvenir hace difícil construir la independencia. La calle sigue siendo riesgosa para las mujeres quienes no pueden darse el mismo lujo de disfrutar su libertad porque hay temor de ser agredida, violada; siempre estamos en guardia. Esa restricción no sólo normativa de división de roles y espacios se siente como necesaria porque la propia constatación de la violencia la reafirma.

Escuela, casa, cuerpo, sexualidad, amor, espacio público, uso de la fuerza, todo tiene connotación distinta para ella por ser mujer. Lo que hoy llamaríamos el género toma cuerpo desde que nace, se afianza y se reafirma en su adolescencia y su juventud; de allí sigue el mismo camino, se consolida. *"Ser femenina es mostrarse impotente, fútil, pasiva, dócil. La joven no solo tendrá que adornarse, engalanarse, sino también reprimir su espontaneidad y sustituirla por la gracia"*

y el encanto estudiados que le enseñan sus mayores. Toda afirmación de sí misma disminuye su feminidad y oportunidad de seducción" (Beauvoir, 1965: 330).

Sí, desde luego, la realidad no es la misma para todas las jóvenes. No obstante, pese a los avances, a las transformaciones que vivieron las feministas de los setenta muchas jóvenes nos seguimos enfrentando a retos y a costos al asumir la independencia, la libertad; sigue siendo complicado compartir con quienes se consideran pares académicos, políticos o intelectuales. *"A los hombres no les agradan los "chicos frustrados", ni las sabihondas, ni las mujeres con cabeza; la audacia, la cultura o la inteligencia excesivas, o el demasiado carácter los espanta"* (Beauvoir, 1965: 329).

Hay cambios que se han dado que no han contribuido a transformar realmente la situación. En Colombia se ha exacerbado el mercado de la "belleza", las liposucciones, las cirugías, los niveles de anorexia y bulimia. La joven se ve presionada y absorbida por el mercado, siente la necesidad de acoplarse a un molde, de parecerse a la Otra construida para el deseo masculino, para las ventas, para el comercio no importa a qué costo, con qué sacrificios. En el intercambio sexual muchas veces ella rompe con el rol pasivo, aun con la censura y el control impuesto a su sexualidad establece relaciones más sueltas, más tranquilas, pero creo que dentro de esos cambios la mayoría sigue estando en condición de desventaja respecto a los hombres. Sí, al menos ellas, nosotras, interiorizamos la sexualidad para sí mismas no para el matrimonio, sí para el

disfrute, no con culpa, sin autocensurarnos; si no entendemos cuándo son simplemente momentos, instantes, seguiremos perdiendo en un ejercicio de libertad que se mantiene condicionado a la mirada, la aprobación, la abdicación al otro. Por suerte hay muchas jóvenes que han asumido esa vivencia con plena libertad, sin cargas, sin tapujos.

¿En qué corresponde avanzar ahora? Sin duda son necesarios cambios individuales de mujeres y hombres, el trabajo en lo micro, en las localidades, los pueblos, con las jóvenes. Pero resulta de igual manera perentorio hacer visible constantemente las posiciones de poder y privilegio de los hombres: estas deben seguir siendo develadas, puestas en jaque, dialogadas, denunciadas. Aún en las organizaciones políticas de jóvenes se expresa, quizás con menos fuerza, el privilegio de haber nacido hombre. Quienes nos reivindicamos como feministas no dejamos de ser entendidas como paranoicas y exageradas. A mí no me importa, prefiero estar alerta a dejar que la sutileza de la aceptación de lo "políticamente correcto" invisibilice de nuevo aquello de lo que históricamente hemos sido objeto: dominación, exclusión, amoldamiento.

Tal como lo describe Simone de Beauvoir la juventud es un momento clave, tenso. En la juventud la mujer se siente desgarrada porque quiere ser sujeto, libertad, como parte de su reivindicación original, pero al mismo tiempo sus tendencias eróticas y las solicitudes sociales la invitan a asumirse como objeto pasivo (Beauvoir, 1965: 330). Se toma espontáneamente como lo esencial, pero debe renunciar a ello para pasar a ser lo inesencial. Siendo joven se enfrenta a ese

dilema, pero también al reto. Así como siendo niña la mujer recibe destinos, siendo joven opta por el camino.

De las mismas y otras reivindicaciones políticas: reforzando el feminismo

"El Segundo Sexo", pone en jaque permanente a sus lectoras al develar las formas sutiles de dominación y la dominación misma. La hace real, concreta, parte de la cotidianidad. No sólo la devela sino que la explica, busca dar cuenta del qué y el por qué y también de algunos cómo. Esas reflexiones aportaron al accionar feminista de los años 70 del siglo pasado centrado en la disputa sobre la hegemonía cultural, los simbólicos y la dicotomía privado - público validada por los varones. Se anticipa y da elementos a las discusiones sobre género, feminismo de la igualdad y la diferencia y, como ha hecho todo el feminismo, aporta elementos a otras reivindicaciones y a comprender la necesidad de emprender luchas articuladas que permitan la modificación de situaciones de injusticia para las mujeres en sus múltiples diferencias y desigualdades, pero también para otros sujetos históricamente discriminados.

Simone de Beauvoir hace aportes políticos sustanciales al debatir el problema de la identidad de las mujeres. Lo hace, desde mi punto de vista, en varios niveles: primero pone en debate la existencia de esencialismos cuando problematiza la femineidad; luego renuncia al universalismo, a que las mujeres sean entendidas como humanos en genérico, en abstracto fuera de contextos

históricos, culturales, económicos, sociales e insistiendo que *"todo ser humano concreto está siempre singularmente situado"* (Beauvoir, 1965: 17). Luego afirma la necesidad de ser Sujeto.

La autora problematiza qué somos las mujeres pero no nos niega, rechaza las nociones de eterno femenino pero no desconoce la existencia de un ser mujer. Esa negación, en boga en el espacio y tiempo de la Francia de mitad del siglo XX y también de moda entre quienes dicen no ser discriminadas o que la lucha feminista no tiene vigencia hoy siglo XXI, asumen una posición que no representa una liberación sino más bien una "huida inauténtica".

Simone de Beauvoir busca optar por algo distinto a las esencias, a la universalidad, al igualitarismo per se y sus trampas. Al mismo tiempo reafirma las diferencias. Le teme también a la igualdad simplista en la diferencia. Invita a tener abiertos los ojos a los procesos que se dicen emancipatorios y estancan sus luchas y permiten la reafirmación sutil de la dominación. Ahora corremos el peligro de quedarnos en lo "políticamente correcto". *"Hay profundas analogías entre la situación de las mujeres y la de los negros: unas y otros se emancipan hoy de un mismo paternalismo, y la en otros tiempos casta de amos quiere mantenerlos en "su lugar", es decir, en el lugar que ha elegido para ellos"* (Beauvoir, 1965: 28). Sobre el ideal democrático, dice, hace reconocer en la mujer una igual, pero advierte la trampa que esto implica.

Cuando la filósofa existencialista analiza la realidad de la mujer se da cuenta de la fuerza

que tienen las costumbres y la cultura en esa constitución de eternos femeninos y en la mujer como el otro. Señala, además, cómo casi todo está ganado por el contradictorio cuando la historia está escrita por este, para el caso los varones. Para las mujeres siempre implica empezar de cero. Si algunas han salido del camino previamente construido no queda testimonio de esto: las niñas, las jóvenes no tienen otras historias de vida que interiorizar, otras normas culturales que soñar, otras costumbres que ensayar o improvisar. De allí la importancia de su libro, un texto impreso, escrito, difundido, apropiado, hecho carne, hecho acción.

Las transformaciones deben ser entonces en diversos ámbitos del tejido, del entrelazamiento simbólico en lo cotidiano, lo concreto. La disputa también es por la verdad, por las versiones de la historia. La historia es también fuente de identidad, es disputa de poder. Lo que no se nombra no existe. La historia hace cultura, la cultura permea la escritura de la historia. *“El presente envuelve al pasado, y en el pasado toda la Historia la han hecho los varones. En el momento en que las mujeres empiezan a participar en la elaboración del mundo, ese es todavía un mundo que pertenece a los hombres: ellos no lo dudan, ellas lo dudan apenas”* (Beauvoir, 1965: 25).

Todos los ámbitos de lucha, los escenarios de incidencia, las demandas políticas, esa compleja conceptualización de la alteridad hasta ahora señalados como aportes de Beauvoir, siguen siendo válidos y necesarios. Es más, pienso que hay que radicalizarlos para evitar su

cooptación por el establecimiento, debemos ser subvertoras a cada instante. Me gusta el texto de Simone de Beauvoir porque me reafirma en la importancia de entender el complejo mundo de las identidades, no sólo femeninas, en la historia y la cultura y no únicamente la que nos ha invisibilizado a nosotras. La autora pone en escena lo complejo de las relaciones que se establecen entre dos, entre alteridades marcadas por el poder: entre mujeres y hombres, también entre patrón y obrero, entre negros y “blancos”, entre judíos y no judíos. Si se transforman unas, pues que se transformen todas.

Cuando analiza el paso por la juventud, escribe una frase certera: *“cuando el combate – como sucede con la mayor frecuencia – no ha sido más que una revuelta simbólica, la derrota es segura”* (Beauvoir, 1965: 366). Evidentemente, la lucha está en lo simbólico, pero esto debe trascender a la cotidianidad de las mujeres, ser acción, hacerse palpable, vivible, copar más espacios, dinámicas. Ni sólo lo simbólico ni sólo la igualdad: nos deja el reto. Es algo más de todo eso, es un poco de cada cosa, son alcances mayores, es una lucha más larga de lo que ella misma piensa a veces algo etnocéntricamente. A veces la leí muy voluntarista del “yo quiero, yo puedo”, pero encuentro altamente significativa su invitación al cambio personal y a la constitución como Sujeto.

Al analizar la especificidad de la construcción de la mujer como Otro plantea que mientras los proletarios dicen nosotros, no hacen lo mismo las mujeres. Al decir nosotros, estos se presentan como sujetos y transforman en Otros a los burgueses. Los hombres dicen “las mujeres”, y

ellas toman este nombre para autodesignarse pero no se sitúan auténticamente como Sujeto. Las mujeres no han tomado nada, simplemente han recibido y *“carecen de los medios concretos para congregarse en una unidad que se afirmaría al oponerse. Carecen de un pasado, de una historia, de una religión que les sea propios, y no tienen, como los proletarios, una solidaridad de trabajo y de intereses; ni siquiera existe entre ellas esa promiscuidad espacial que hace de otros Sujetos una comunidad”* (Beauvoir, 1965: 23).

¿Después de varios años de lucha qué tanto somos un nosotras? ¿Qué tipo de nosotras queremos construir? ¿Qué tan necesario se hace ahora?

Me anima el texto de Simone de Beauvoir porque opta. A veces me alarma la facilidad que tienen las palabras para convertirse en boca de cualquiera en simple discurso. Me aterra cómo los conceptos pierden sentido de tanto plantearse sin cuestionarlos, o cuando cualquiera los puede tomar y manosear. Las palabras pueden con todo, a veces caen en el vacío cuando se vuelven neutrales. Puedo ser el más totalitario y hablar de la necesidad de paz; puedo ser el más asesino y hablar de democracia; puedo ser el más racista y hablar de igualdad. Las palabras, los conceptos, los principios pueden quedar en la nada, pueden ser manipulables y servir para lo contrario si no tomo partido. Me aburre la neutralidad de los conceptos, la ambigüedad de las palabras, la parálisis del discurso. Me sentí comprendida con las letras y palabras que conjugué al pasar las hojas de *“El Segundo Sexo”* cuando su autora dice que *“tal vez sea imposible tratar ningún problema humano sin tomar partido: la manera misma de plantear las cuestiones, las*

perspectivas adoptadas, suponen jerarquías de intereses, toda cualidad implica valores; no hay descripción supuestamente objetiva que no se levante sobre un segundo término ético” (Beauvoir, 1965: 34).

(...) para ilustrar desde la vivencia de otras mujeres, todas ellas en algún momento jóvenes, esa realidad de ser mujer que para unas es a veces menos pesada que para otras. Igualmente, entrelazando todos estos caminos, recorro a los intercambios que en la militancia feminista, del movimiento de mujeres y el de víctimas he tenido en varias zonas del país con mujeres jóvenes (...)

La perspectiva que adoptamos, dice, es la de la moral existencialista. Todo sujeto se plantea a través de proyectos, una trascendencia no alcanza su libertad sino por medio de su perpetuo avance hacia otras libertades; no hay otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un provenir infinitamente abierto. Cada vez que la trascendencia recae en inmanencia hay degradación de la existencia en *“en sí”*, de la libertad en facticidad; esta caída es una falta moral si es consentida por el sujeto, pero si le es infligida toma la figura de una frustración y de una opresión; en ambos casos es un mal absoluto.

Aunque no se trata de imponerle a nadie su trasegar por el mundo creo que hay que optar;

que se deben promulgar principios éticos como el respeto a la vida, la libertad, la igualdad, el derecho a la diferencia, la paz. La construcción de un otro subvalorado, invisibilizado, oprimido, es sin duda la mejor apuesta por mantener la inmovilidad de los sujetos, por disminuirlos, por hacerles sentir que necesitan del Uno, del dominante, del que sabe, del pacificador, del sabio. Hay que tomar partido por cuál tipo de transformación se desea; pero cualquier proyecto de transformación requiere que el Otro no sea entendido como menos, no sea construido para la dependencia, no sea esencializado o comprimido dentro de lo políticamente correcto. En la imposición del Otro, en la fijación en objeto, en la consagración a la inmanencia, la trascendencia del Sujeto es arrebatada por otra conciencia que se asume como esencial y soberana.

El feminismo ha contribuido a entender que existen diferencias que han devenido, por razón de un grupo dominante, en desigualdades y exclusiones. El hombre blanco, heterosexual, europeo – norteamericano (civilizado) y burgués, se ha erigido en el poderoso. Le ha correspondido al feminismo señalar algunos caminos que casi como imperativo contribuyan en la Colombia de hoy a buscar alternativas, enseñar opciones, compenetrar lo conceptual con el hecho.

La guerra en Colombia.

Desde un tiempo para acá soy Antígona

*“Todas vosotras morís a los quince años”
Diderot*

Estaba en una gran ciudad fuera de mi país, esperando un medio de transporte. Estaba

casi sola y veía solamente hombres. Sentí miedo, me sentí vulnerable. Tenía temor de ser agredida. Por más que me dijeran que la ciudad era segura, estaba el temor a la agresión masculina. Esos días, mientras caminaba las calles, consciente de que como colombiana tengo interiorizado el miedo, pensé que le temía a dos violencias: una a causa de mi cuerpo, otra a razón del conflicto de Colombia.

Quiero hacer unas últimas reflexiones sobre un contexto que apremia propuestas y que necesita del feminismo. La guerra, expresión del patriarcado, es al mismo tiempo su máxima exacerbación construida sobre su interiorización y aceptación, su compenetración en los tejidos culturales, su capacidad de permear principios y valores. En una cultura patriarcal las expresiones violentas connotan también esta dimensión aunque para algunas personas aparezca desdibujada. Por ejemplo el paramilitarismo: ¿ya no existe, ya no actúa? ¿Hay machismo en Colombia? ¿hay discriminación por ser mujer? ¿Hay desaparecidos? ¿hay crímenes de Estado? Eso es cosa del pasado, dicen algunos, porque en Colombia ya se puede salir en carro y andar por las carreteras, viajar; las mujeres ya acceden a cargos de poder, son ejecutivas, votan, estudian, deciden, mandan e intercambian en las altas esferas del poder con los hombres.

El individualismo, el predominio del interés individual sobre el colectivo, así como el miedo o la incapacidad para ver las cosas holísticamente a manera de proceso y con perspectiva histórica o la ignorancia, van logrando que la dominación y sus diversas formas de hacerse real se hagan sutiles

y aceptables. La mirada de sospecha, de alerta, que a veces exagera nuestra condición humana resulta necesaria para develar todo aquello que vaya contra la humanidad de las personas.

En Colombia la guerra propicia el mantenimiento del patriarcado y viceversa. En la guerra de nuestro país con el uso indiscriminado de la violencia las mujeres, en un alto porcentaje jóvenes, son violadas, obligadas a abortar o a tener hijos, son esclavizadas para los trabajos domésticos al interior de los ejércitos, son puestas como carne de cañón en el combate, son sometidas a castigos y torturas; también son desaparecidas, secuestradas. En este escrito he resuelto no utilizar cifras, en estos días se hace mención en exceso de ellas y estoy cansada de que nuestras vidas y las de nuestros seres queridos terminen siendo solo eso, números y estadísticas. A mí me basta con uno solo que maten, con una mujer violada, con una sola adolescente embarazada sin quererlo, sin haber optado libremente por eso; me basta con las niñas que no pueden ir a la escuela, me basta con las que son condenadas a perder su libertad de Sujeto al ser educadas para el Otro.

En Colombia la guerra exagera el capitalismo y viceversa. El dinero fácil es la necesidad, es el camino, es la opción por la que optan jóvenes que luego se entrenan para matar, para ser máquinas asesinas. En Macondo el capitalismo exagera el patriarcado, hace de las mujeres mercancía, de su cuerpo disfrute para el otro. Con alarma hemos visto cómo la prostitución de niñas, adolescentes y jóvenes ha aumentado en zonas de conflicto o de concentración de la

riqueza producida por los negocios ilícitos y la muerte. Vemos cómo no hay paraíso sin tetas, y cómo se mata por 100 mil pesos y se compra sexo por millones. En nuestra Patria la guerra exagera la construcción de un otro disminuido frente al Uno dominante. La oposición se señala; la uniformidad se exige, se construye. La pluralidad se elimina.⁵

La violencia es constitutiva del patriarcado, se ha interiorizado como su valor supremo. La filósofa francesa así lo señala, incluso termina siendo un modo de afirmación humana: "*Hacia los trece años es cuando los chicos hacen un verdadero aprendizaje de la violencia, se desarrolla su agresividad, su voluntad de poder, su gusto por el desafío; y es justamente en ese momento cuando la chiquilla renuncia a los juegos violentos*" (Beauvoir, 1965: 322). Los hombres son socializados para la violencia y esa violencia se aprecia como un valor. La misma autora dice: "*La violencia es la prueba auténtica de la adhesión de cada cual a sí mismo, a sus pasiones, a su propia voluntad; rechazarla radicalmente es rechazar toda la verdad objetiva, es encerrarse en una subjetividad abstracta, una cólera, una revuelta que no pasa por los músculos, es imaginaria*" (Beauvoir, 1965: 323). En estas palabras sentí una apreciación positiva de la violencia y entiendo que así sea precisamente como muestra del valor que el patriarcado da a la violencia y a su casi inevitable interiorización.

Una investigación relativa a por qué optan hombres y mujeres por ir al paramilitarismo y las guerrillas, señala que se entiende como vía para adquirir status social, porque da seguridad

tener un arma y, para algunos, porque es la única vía posible a elegir. El patriarcado se sostiene en la violencia; el capitalismo y los proyectos excluyentes hacen lo mismo, desconocen la humanidad, la vida, el amor. Las personas entrevistadas indicaron también que han sido presas del odio, que los habían marcado las ausencias forzadas y que carecían de amor.

La violencia se entroniza en la cultura, en las sociedades; unas veces no discrimina y en otras es evidentemente parcial. Gracias que no ha sido adjudicada a nosotras para su ejercicio, al menos tenemos cierta tranquilidad en nuestra conciencia colectiva, pero cierto también es que la sufrimos de manera brutal y cotidiana por lo cual creemos necesario repudiarla, exorcizarla: ¿cómo hacerlo?

Los reaprendizajes son necesarios. Desterrar la violencia de la cotidianidad necesita de nuevos referentes simbólicos, de nuevos entretejidos culturales, de la reafirmación y construcción de principios éticos y de la interiorización de una historia de la cual aprender, de una memoria que haga de la experiencia vivida el ejercicio de no repetir.

Colombia es un reto, a veces un laboratorio; vivir aquí necesita de coraje. Termina uno moviéndose entre la esperanza y la desesperanza, en una situación existencial a veces de tensión extrema. Requiere mantenerse despierta, crítica, alerta. Al tiempo, necesitamos trabajar por derrotar el camino de la guerra, necesitamos construir paz; requerimos la reafirmación de un sujeto colectivo que opta, que elige, que reconoce pares, que procura democracia, que otorga

reconocimiento, que no reproduce estructuras de poder jerárquicas, tradicionales y opresoras; que piensa un proyecto transformador en el que las y los otros son ellos mismos los que quieren, lo que optan; en el que la diferencia se constituye en principio de democracia y la igualdad de derechos en punto de partida.

Colombia es un reto y una posibilidad para el feminismo que tiene mucho que aportar en la construcción de un país que debe pasar del uso abusivo de la violencia al reconocimiento de la alteridad no en tanto Otro para dominar, tolerar o simplemente nombrar sino para construir; un Otro relacional al que colectivamente se le permite ser él mismo, brindando las condiciones para su libertad y su vivencia existencial lo cual implica, entre otras cosas, pensar en cambios económicos sustanciales.

No todo es malo ni está perdido, por supuesto. No podría terminar sin decir que a lo largo de mi vida han sido más las amigas que los amigos y que las relaciones han sido de crecimiento, lealtad y complicidad. Debo decir que hay muchas mujeres jóvenes no feministas valerosas, rebeldes, que buscan otro tipo de relacionamiento con los hombres, con las amigas, con padre y madre, con las otras mujeres. Hay mujeres jóvenes lesbianas que han asumido su sexualidad abiertamente y jóvenes feministas comprometidas con quienes hemos podido construir lazos de crecimiento personal, político, intelectual, afectivo; que buscamos sobre todo construir lazos de solidaridad ensayando entre todas romper las jerarquías, pelear por el trato de pares con el mundo entero. Sí, muchas somos rebeldes,

antiautoridad; pero preferimos eso a tragar entero, a callar, a dejar que se perpetúen las relaciones de poder que donde y como sean siempre prolongan situaciones de desigualdad y opresión y aunque, desde luego, no seamos consecuentes en un cien por ciento, buscamos hacerlo.

Hemos aprendido de quienes nos antecedieron y con quienes hemos trabajado: con quienes consideramos fundamental el diálogo.

Reconocemos en ustedes, mujeres mayores, una historia previa recorrida, un presente compartido y un futuro por cambiar, no ya dado. Tenemos esa misma conciencia exacerbada que las hiciera a ustedes feministas y como ustedes también sentimos todo lo que pesa, pero optamos por ese camino porque, paradójicamente da más aliento.

Citas

1 A América Latina llegó sólo hasta 1954 gracias a la edición en español por parte de la editorial Siglo XX de Argentina, lo cual permitió también la lectura por parte de las españolas y, producto de otras traducciones y ediciones, que haya estado abierto para la consulta de hablantes del inglés, alemán, holandés, italiano, noruego, polaco, danés, húngaro, portugués, sueco, árabe, hebreo, serbo-croata, eslovaco, tamil y checo.

2 No en vano se habla de él como un hito para la construcción de un feminismo radical y más culturalista, para algunas feministas colombianas fue la puerta de iniciación en el feminismo o la reafirmación de una situación no justa e incómoda de las mujeres en la tierra. Nombrada por mujeres como Elena Poniatowska como “biblia del feminismo”, este texto contribuyó al tránsito de un feminismo más consagrado a la lucha por el sufragio y el derecho a la educación, a otro más rebelde, con reivindicaciones cada vez más subvertoras y más comprehensivo de la importancia de lo privado, de las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres en la construcción de un mundo desigual de dominación, exclusión y subordinación de las mujeres. En las luchas feministas el aborto comenzaría a tener un centro como reivindicación, las consignas de lo “privado es político” y el derecho al orgasmo sin duda tienen en gran parte su germen en el libro de Simone. No en vano las críticas que recibió de los hombres, sus supuestos “pares” y colegas, que vieron sin duda amenazada su seguridad, preponderancia y dominación sobre el mundo.

Aquí tuvo que enfrentarse la autora, quizás sin imaginarlo, al peso de la realidad que había descrito en su libro.

3 En <http://www.geocities.com/Athens/Parthenon/8947/beauvoir.htm>

4 Todas las citas del presente texto corresponden a la edición del *Segundo Sexo* realizada por Siglo XX, Tomo 1: Hechos y mitos. Traducción de Pablo Palant, 1965.

5 Hay muchos hilos que tejer cuando se busca transformar una situación milenaria como la de las mujeres, pero también la de otras realidades y colectivos sociales. Cuando veo la historia de la izquierda, de la oposición en Colombia me espanto. Hay una historia que se oculta, hay una memoria hegemónica recreada por pocos, hay una realidad que acaso se nombra pero no se explica, hay intolerancia. La construcción de un Otro es un simple y a la vez complejo ejercicio de dominación, de exclusión.

Bibliografía

Beauvoir, Simone .1965. *El segundo Sexo. Hechos y mitos (Tomo 1)*. Buenos Aires. Ediciones Siglo XX

Gargallo, Francesca. *Una relectura del segundo sexo de Simone de Beauvoir a la luz de cuarenta años de práctica de liberación de las mujeres*.

Disponible en: <http://hmontecinos.wordpress.com/2008/04/01/el-segundo-sexo/>

Valcárcel, Amelia. Beauvoir: a cincuenta años del segundo sexo.

Disponible en: <http://www.geocities.com/Athens/Parthenon/8947/beauvoir.htm>